

LA TESIS

PERIÓDICO CATÓLICO

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN

Libreros, 7, segundo, donde se dirigirá toda la correspondencia no administrativa.

ADMINISTRACIÓN

Libreros, 7, donde se dirigirán los pagos, reclamaciones y anuncios.

ANUNCIOS Y COMUNICADOS A PRECIOS CONVENCIONALES

SE PUBLICA MIÉRCOLES Y SÁBADOS

PRECIOS DE SUSCRICION

		Plas.	Cts
En España.	Un trimestre.	3	»
	Un semestre.	5	»
Ultramar y extranjero.	Un trimestre.	6	»
	Un año.	20	»

LA TESIS

EN LA

NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
AÑO DE 1885

EL MESÍAS

HABÍA pecado el hombre contra su Dios. Ya no le era dable fijar de hito en hito su pecadora mirada en aquel foco de luz purísima irradiada del que ES y sus turbados ojos se enrojecían por el llanto y la miseria al fijarlos atribulados en las propias desnudeces.

La ley del trabajo había caído sobre su cabeza como fallo justísimo. Las puertas del Edem cerráronse para siempre; y la vacilante planta de los culpables sólo podía moverse sobre la haz de una tierra dura como el delito é ingrata como el remordimiento. La diadema de la gracia fué arrancada de su cabeza, y desde entonces la muerte dió

El hombre fué arrojado de su trono; pero no desposeído de la realeza. Abrigaba en su alma una promesa infalible. Por eso, al cubrirse con los andrajos de sus miserias y flaquezas, acariciaba la esperanza de una regeneración completa, y caído se levantaba, y débil resistía, y enfermo acariciaba los venideros días de salud.

Y durante 4000 años esta esperanza fué el tesoro guardado por la humanidad con la codiciosa solicitud del avaro de su dicha; ora entre fábulas y mitos; ora en las palabras perpétuamente sonoras de celestiales mensajeros.

I

EL DESEADO DE LAS GENTES

Las numerosas fábulas gentílicas, los dichos y escritos de sus *genios*, no son otra cosa que el suspiro doliente del Hombre castigado; á la vez que la esperanza bienhechora del hombre arrepentido.

La *Caja de Pandora* es esta esperanza y este deseo. Llena de males contenía en su fondo UN BIEN EN ESPERANZA, contrapeso de los males anteriores y salvación del universo mundo.

El *Prometeo* significa la regeneración de la humanidad y la historia en sus tres fases: *Prometeo*, pecador *robador del fuego*; *Prometeo* castigado, *encadenado*; *Prometeo* regenerado, *libertado*. Esquiles fué profeta del gentilismo al formular en su tragedia estas célebres palabras que pone en boca de Prometeo al decir este que es: HIJO QUERIDO DE UN PADRE ENEMIGO. *Isis* y *Tifón* es la misma historia entre los egipcios, que el *Prometeo* entre los griegos. *Tifón*, castigado por una falta y autor de todos los males, es vencido y derrotado por *Oro* hijo de una virgen llamada *Isis*, el cual sujeta á la serpiente *Tifón* y le quita todo poderío y le somete á su voluntad.

Y esta fábula es tradicional en el mundo gentil, es la misma en todas partes, aun cuando diversas sus formas.

Los persas llaman Mithras á su salvador. La China conserva la creencia de que la religión idólatra será sustituida por otra postrera y única verdadera por la mediación de un héroe llamado Kuintsé. Los pueblos del Norte de Europa *esperaban* á su héroe Thor...

¡Qué hermosa unidad de creencia! Estas fábulas, son en conjunto la ÚNICA VERDAD de la edad antigua!

II

LAS PROFECIAS

En el pueblo escogido, el artificio y enredo de la fábula no hacen falta, porque la tradición se conserva tan pura y fresca como en el día mismo que dió origen á la salvadora esperanza. Desde entonces hasta la plenitud de los tiempos, los judíos han oído en el regazo de la madre, junto al lecho mortuorio del patriarca, en el Templo y en el campo, durante el día y durante la noche, una misma cosa con unas mismas palabras: su salvación y la salvación del mundo por la mediación del HIJO DE DIOS, del VERBO ENCARNADO EN LAS VIRGINALES ENTRAÑAS DE MARÍA.

Los Profetas se han sucedido sin interrupción alguna; y las palabras de los inspirados del Señor han descrito con minuciosidad extremada el milagroso portento.

El mismo Dios se lo dijo en las personas de nuestros primeros padres, prometiéndoles un LIBERTADOR que triunfara de las asechanzas de Satán; y á los Patriarcas un HIJO en quien serían benditas todas las Naciones: v á David un HEREDERO que vendría en su raza y su trono, cuando duren el Sol y la Luna.

Y Semel, é Isaías, y Daniel, y Jeremías, y todos los profetas narraban con maravillosa intuición las tiernas escenas del Portal de Belén, inundando de gozo los corazones de aquellas escogidas tribus que esperaban con ansia un día y otro sin dejar lugar á duda, ni entrada al desmayo en sus almas, la venida del adorado Mesías, del Niño Emmanuel que había de cortar su cautiverio y extender su dominio por toda la redondez de la tierra.

III

LOS EVANGELIOS

La plenitud de los tiempos fué llegada. El símbolo es realidad viviente. El cristianismo escribió la primera página de su historia divina, en un ruinoso establo de Belén, aldea humildísima de la Judea.

Así lo atestiguan cuatro santos é intachables testigos inspirados por el *Santo Espíritu* de amor y sabiduría que reina en los cielos y la tierra con el PADRE y el HIJO amado.

Descendiente de David y del seno de María Virgen, nació en Belén Jesús, en tiempos del Rey Herodes, después del nacimiento de Juán, el predicador del desierto, precursor del Mesías y preparador del camino glorioso que ha de conducir á los mortales al goce sempiterno de las eternas delicias de lo alto.

Y nació Jesús en Belén, con ocasión de un edicto del César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo, porque de la casa y extirpe de David eran Joseph y su mujer María que en la citada ciudad cumplió los días de embarazo y dió á luz un niño que se llamó JESÚS, á quien envolvió en pañales y recostó en un pesebre porque no había lugar para ellos en el mesón.

A este DIVINO NIÑO asistieron *Angeles*, y *Arcángeles*, y *Virtudes*, y *Potestades* formando las delicias del ETERNO; y festejaron inocentes pastorcillos y adoraron Reyes poderosos.

Los *cielos* abrieron sus puertas al hombre redimido, la *tierra* tembló placentera al servirle de escabel y los *profundos* lanzaron un grito de espanto ante el tirano infante que arruinaba su imperio aborrecible sobre los desdichados humanos.

¡JESÚS es la luz verdadera que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo!

¡JESÚS ha nacido, y con ÉL nuestro SALVADOR, nuestra luz, nuestra verdad y nuestro camino!

IV

LA IGLESIA

¡JESÚS! Jesús nació; y vive con nosotros, y está con nosotros y entre nosotros. Su aliento nos vivifica y sostiene, y en su Corazón amantísimo hallamos refugio y consuelo y baluarte inexpugnable contra las asechanzas de nuestros enemigos.

JESÚS vive en la Iglesia, que es su cuerpo y su morada; y la Iglesia vive en JESÚS, que es su espíritu y su dueño; y nosotros vivimos en la Iglesia y en JESÚS, como vive el miembro en el organismo y el fruto en la semilla.

En pocas palabras ha escrito la mística esposa del Inmaculado Cordero todo un poema para anunciar á los mortales el venturoso y bendito nacimiento de su amado.

Hé aquí lo que en la clásica y cristiana noche de *Nacimiento* cantan los ministros del Señor:

"Después de la creación del Mundo, después que Dios, al principio de todas las cosas, sacó de la nada el cielo y la tierra, el año 5199; después del diluvio el año 2957; después del nacimiento de Abraham, el año 2015; después de Moisés y la salida del pueblo de Israel de la tierra de Egipto, el año 1510; después de la consagración del Rey David, el año 1302; en la sexagésima quinta de los años profetizados por Daniel; en la 196 olimpiada; en el año 752 de la fundación de Roma, y el 42 del reino de Octavio Augusto; estando en paz todo el Universo, y al entrar el mundo en su sexta edad, JESUCRISTO, Dios de toda eternidad, Hijo del Padre Eterno, queriendo consagrar al mundo por su misericordiosa venida, después de haber sido concebido del Espíritu Santo, al cumplirse los nueve meses de su concepción, JESUCRISTO Dios hecho hombre, nació en Bethleém de Judá, de la Virge María."

¡Ah! Noche bendita, noche inolvidable ¡Tu recuerdo será siempre el más grato recuerdo para el alma del cristiano. De tu fecha data el reinado de la gracia en este mundo de las miserias!

LA ALMOHADITA DEL NIÑO JESÚS

I

ERA la víspera de Navidad, y en una lujosa estancia de cierto palacio de Madrid preparaban, un caballero y una señora, un *Nacimiento*. Era aquel un Nacimiento á la española y á la antigua, con todos sus intrincados laberintos y todas sus graciosas impropiedades. Rocas de corcho y papel encolado, que sostenían un Belén de cartón: bosques de lentisco; ríos de cristal; chozas de paja; pastoras y zagales de barro; que bajaban por todas las veredas de la montaña, cargados de tortas, pavos y gallinas que ofrecer al Niño; rebaños de vacas y ovejitas que pacían mansamente en prados de serrín verde; bandadas de pájaros no clasificados en ninguna fauna conocida, perseguidos por cazadores que les disparaban sus escopetas sin esperar á que Schwartz inventara la pólvora. Un devoto ermitaño hacía resonar la campana de su ermita tocando á Misa, á media legua escasa del rey Herodes, que aparecía en la ventana de su palacio para contemplar la degollación de los inocentes: más lejos asomaba por la boca de un túnel un ferrocarril cargado de pavos, panderetas y zambombas; y allá, en último término, se divisaba la brillante comitiva de los Reyes Magos, atravesando un puente más atrevido que aquel famoso del Diablo, cuyos cimientos es fama que los echó este ilustre arquitecto, quedando hecho desde entonces jefe supremo de la Francmasonería. Al pié de la montaña se hallaba la gruta, y en ella dormía el Niño divino en su camita de pajas; á su derecha le contemplaba la Virgen arrobada, y á su izquierda le contemplaba también San José,

apoyado en su florida vara. La mula y el buey se mantenían en el fondo á respetuosa distancia, y á la entrada de la gruta dos guardias civiles, de gran gala, ordenaban á la multitud de pastores que habían llegado ya, deseosos de adorar al Niño. En los aires, suspendidos de invisibles hilos elásticos que les imprimían un suave movimiento, veíanse gran número de ángeles sosteniendo banderolas con letras de oro que decían: ¡Gloria in excelsis!

Conociase, sin embargo, que una mano inteligente había dirigido aquella perspectiva verdaderamente admirable, conservando de intento esas graciosas impropiedades que despiertan en el corazón los dulces recuerdos de la infancia. Todo era, por otra parte, rico y suntuoso: las figuras eran todas finas, y algunas de verdadero mérito; un rico tapiz flamenco cubría el fondo; arañas antiguas de cristal de Venecia, cargadas de bujías y macizos candelabros de plata colocados acá y allá por la montaña, prometían á los pastores que no echarían de menos en el camino ni el alumbrado de gas, ni las luces eléctricas. La estrella que guiaba á los Reyes Magos era una verdadera estrella de riquísimos brillantes, y otra en todo igual, colocada en el fondo de la gruta, exparcía sus magníficos reflejos sobre el celestial semblante del Niño. Plantas raras y vistosas, enredaderas criadas en invernaderos, festoneaban la montaña, y se entretrejan en el fondo con grandes espejos que, colocados frente á frente, aumentaban la perspectiva, y habían de causar, reflejando centenares de luces, un mágico efecto.

Hallábase el caballero de que hicimos mención, subido en lo alto de una escalera de manos, poniendo en orden la turba de palafreneros, pajes, soldados, caballos y dromedarios, que formaban la comitiva de los Reyes Magos. Era un joven de unos treinta años, cuya arrogante figura respiraba dignidad y gracia: vestía un elegante traje de casa, de color gris con vivos rojos, y un criado le iba alargando desde el suelo los personajes del séquito regio: llamábale señor Maqués, y le daba siempre el tratamiento de excelencia. La señora parecía más joven, y con ser muy bella era más simpática: tenía puesto un gran delantal blanco sobre su traje también de casa, y ayudada por una doncella, colocaba una piara de patitos entre las ramitas de pino que remedaban juncos en ambas orillas del río. El caballero la llamaba Elvira, y los dos criados le decían también señora Marquesa.

De repente sonó una estrepitosa carcajada detrás de la cortina que cubría la puerta del fondo. Sorprendido el Marqués, se volvió en lo alto de la escalera con el rey Melchor en la mano, y estupefacta la Marquesa, dejó escapar media docena de aquellos diminutos palmípedos, que comenzaron á patinar, más bien que á nadar, en aquel río verdaderamente cristalino; al mismo tiempo se precipitó en la estancia una señora joven, envuelta en un abrigo de terciopelo azul, guarnecido de martas, y se dejó caer riendo en un sofá, sin sacar las manos de su manguito de pieles.

—¡Magnífico! ¡ portentoso! ¡admirable! exclamaba sin cesar de reír. ¡Qué grabado tan bonito para la *Ilustración española!*..... Cuadro de costumbres patriarcales. ¡Baucis y Filemón en su juventud lozana!

—Pero ¿por dónde has entrado? dijo al fin la Marquesa.

—Pues hija, por la puerta y sosteniendo una batalla campal con ese Bruin (oso) de librea que tienes en la antecámara. «¡Que los señores nb reciben!», decía; y yo haciéndome la sorda, me entré de rondón, y he llegado á tiempo de contemplar á estos papás de tiempos bucólicos, preparando el nacimiento para su niño... ¿Y dónde anda Alvarito que no le veo cosido á tus enaguas?

—Lo he mandado al Retiro con Miss Folck, porque quiero que todo esto le coja de sorpresa.

—Y por cierto, dijo el Marqués desde lo alto de la escalera, que á lo mejor se entra por las puertas y seremos nosotros los sorprendidos.

—¿Quiere decir eso que estorbo?... Pues paciencia, primo mío, que para estos casos se inventó aquello de sufrir con ella las flaquezas de nuestros prójimos; y no he salido yo de mi casa con un frío de seis grados bajo cero, para irme sin ver este portento de tus manos.

Y acercándose la señora al Nacimiento, comenzó á recorrerlo todo con la vista, diciendo en tono burlón:

—¡Ay qué bonito!... ¡Los pastorcitos y las vaquitas!... Cómo hacen Elvira... ¡múl! ¡múl! y las ovejitas, ¡bé! ¡bé! y los pajaritos, ¡pil! ¡pil!... Mira, Alvaro, ó mejor dicho, Melibeo, ó Tirsis, ó Clorinto, baja de esa escalera con un sombrero de paja con lazos

rosa y un cayadito en la mano, y ven con tu Alvarito á ofrecer al Niño-Dios un platito de requesones... ¡Calla! ¿y andan tus brillantes alumbrando á los Reyes Magos?... ¡Vamos! ¿también á tí la felicidad doméstica te ha reblandecido el seso?... No te los has puesto más que una vez, cuando fuistes á palacio á tomar el almohadón, y ya se los cuelgas á la mula y al buey.

—No, hija, no, le interrumpió la Marquesa; se los pongo al Niño-Jesús que está en la cuna... ¿Acaso puedo emplearlos mejor que en honrar á Dios y entretener á mi hijo?...

—Vamos, vamos, *Dorila* mia: ponte también un zagalejo colorado y una guirnalda de frescas rosas y vente con tu Melibeo á ofrecer al niño un panal de rica miel y una orcita de manteca!

—Si quieres venir por acá esta noche, dijo el Marqués, tocarás la zambomba mientras nosotros hacemos la ofrenda.

—Me parece que la harás tú solo, Melibeo... Incivil é inculto Melibeo, que ni siquiera por respeto á una dama has bajado de esa escalera... Lo que es esta noche, tu *Dorila* no cenará contigo requesones, que me la llevo yo á que cene en mi casa *foie-gras* y pavo *trouffé*... Sólo para convidarla he venido.

—¿Das algún baile?

—No: doy una Misa del gallo.

Fué tal el flujo de risa que estas palabras seriamente pronunciadas causaron á los dos esposos, que la misma dama acabó también por reirse.

—¿Una Misa del gallo? exclamó el Marqués. ¿Y quién la dice?... ¿Tú ó tu marido?

—Mi señor marido, respondió la dama con cierta amargura, se divierte en el Senado haciendo leyes...

—Y su señora mujer se divierte en casa diciendo Misas, le interrumpió el Marqués.

—¡Pues claro está!... Ayer se me ocurrió la idea que por lo nueva ha de causar efecto... Y eso que estaba de un humor de perros... Figúrate que me habían mandado de París un sombrero de invierno con un gran pájaro lindísimo, como no he visto en Madrid otro. Apenas lo había sacado de la caja, se me entran en el tocador los seis niños con una dichosa perra perdiguera que les ha regalado su padre... Ver la perra el sombrero, creer que el pájaro era una perdiz, y lanzarse á él y llevarsele entre los dientes, ¡vaya!... ¡Vaya!... ¡Vaya!... ¡chillaba!... ¡chillaban!... ¡chillaban!... ¡chillaban!... En fin, hija, allá en las caballerizas pudieron arrancar á la perra el sombrero, que estaba ya como puedes figurarte.

Los dos esposos reían á carcajadas, la dama decía muy seria:

—Sí: reíos, reíos, que el caso es de risa... Te aseguro que si hicieran á Herodes Ministro de Fomento, me hacía ministerial hasta los huesos.

—¿Y no podría la modista arreglarte un bonete con los restos del sombrero? preguntó el Marqués riendo. Te serviría esta noche para decir la Misa del gallo...

—Calla, Melibeo, y entretente con tus Reyes Magos, que nada quiero contigo, respondió la dama, y dirigiéndose á la Marquesa, añadió: ¿Con que te espero á las diez?... Bailaremos hasta las doce: á esta hora nos dirá el capellán la Misa en el oratorio; cantará el cuarteto de la capilla Real, que es delicioso; pero la Misa será cortita... Luego cenaremos alegremente, y volveremos á bailar otro par de horas. Tendremos allí á todo Madrid, porque á pesar de la premura del tiempo, á todo Madrid he convidado.

—Pero ¿hablas formalmente? preguntó la Marquesa.

—¿Pues digo acaso algún disparate?

—Un disparate, no; replicó el Marqués con vehemencia. ¡Una herejía, sí!

—Y en qué he faltado á la fe, señor teólogo?

—¿A la fe?... y á la esperanza, y á la caridad, y á la prudencia, justicia, fortaleza y templanza, que son tres virtudes teológicas y cuatro cardinales.

—¡Oígal!... y qué presente tiene Melibeo el catecismo de Ripalda.

—Como que sobre no haberlo olvidado yo, se lo enseñé todos los días á mi hijo.

—¡Oh, papá modelo!... Lástima que no se lo enseñara también á los míos el Licurgo de su padre, en vez de regalarles perras perdigueras.

—Y si fueras tú á la clase con ellos, aprenderías á no dar en tu casa Misas del gallo.

—Pero ¿me querrás decir lo que en esto te escandaliza?

—Pues ¿te parece poco escándalo el de convidar para una Misa lo mismo que convidarías para un *the dansant*?

—Mucho has variado, primo, porque cuando es-

tábamos en Irlanda, y por Navidad, nos llevaba el abuelo al castillo de lord Gray, bien te entusias- maba la Misa solemne que allí decían.

—¿Y quieres comparar una fiesta de familia, y de familia modelo, en que se dice una misa con toda la devoción y solemnidad que el caso requiere, con una Misa que se dice y que se oye para descansar de bailar y hacer ganas de cenar?.....

—¡Vaya! dijo picada la dama. Era lo que me quedaba que ver: un capitán de artillería con escrúpulos de monja.

—Pues más he visto yo, replicó el Marqués también picado: una señora Baronesa con conciencia de gastador.

Y al decir esto dió distraído tan fuerte golpe en la escalera con el rey Melchor, que le rompió la cabeza. Fué tanta y tan cómica la cólera del Marqués al ver decapitado al inocente rey, que las dos señoras soltaron la risa.

—¡Andal!... ¡Me alegro! dijo la Baronesa, dando con el pie á la cabeza del monarca que rodaba sobre la alfombra. Esa inocente víctima aplaca mi ira.

—¡A mí me importa poco tu ira! gritó el Marqués, á quien acabó de exasperar la risa de la dama. Pero sábetete que ni mi mujer, ni yo, ni mi hijo, ni nadie de mi casa pondrán los pies en tu Misa del gallo!... Eso es una irreverencia, una profanación, casi un sacrilegio; y si el Vicario de Madrid se entera, por lo menos te excomulga... Lástima que no hubiera Inquisición, y saldrías por las calles de Madrid emplumada con todos tus tertulianos... ¡Bonitos pavos de Pascua para tiempo de Navidades!

—¡Pero Alvaro! exclamaba la apurada Marquesa, viendo que la cosa iba de veras. ¡Calla, por Dios!

—¡Pues no callo: que son las mujeres el diablo!

—Te equivocas! gritó la Baronesa pálida de ira. ¡Jamás he visto pintar *diablas!* ¡*Diablos* son siempre los que pintan!

—No le hagas caso, Inés.

—¡Mucho le haré yo á tu marido! decía la Baronesa dirigiéndose furiosa á la puerta, seguida de su prima, que en vano procuraba calmarla. ¡Mejor le sienta la zamarra de Melibeo que las ínfulas de santo Padre!

—Y á tí los cascabelos de la Marquesa, bajando de la escalera para buscar por el suelo la cabeza del rey Melchor.

—¡Al diablo no se le ocurre otra! decía procurando unirle al tronco, para ver si era posible la cura. ¡Digo! y del puntapié que le dió la ha desconchado las narices... Cuando digo que la tal prima Inés tiene menos seso que el rey Melchor!... ¡Entreterse con una misa como quien se entretiene con una comedia!... Y lo peor es que pondrá la ocurrencia de moda, y tendremos en Madrid Misas con cotillón y cenas con introito...

A poco volvió la Marquesa entre risueña y apurada.

—La pobre Inés se ha ido furiosa, dijo.

—Pues que vaya al Senado á pegarla con su marido.

—Sí, hombre; pero has estado duro con ella.

—Verdad que estuve durillo, pero el rey Melchor tuvo la culpa. Me dió tal coraje al verlo roto, siendo el que había de gustar más al niño, que se me fué la lengua y se me escapó la verdad.

—Y justamente la verdad es lo que más punza.

—Locas como Inés bien necesitan oírlo.

—Verdad que es ligera; pero tiene el corazón más hermoso que he visto.

—Y la cabeza más destornillada que he conocido.

—Y nos quiere como á hermanos, y á nadie tiene en el mundo que la aparte de sus locuras.

—Es verdad... Pero ¿qué hemos de hacerle?

—Si tú quisieras.....

—¿Qué?

—Podría convidar á sus niños para que viniesen á pasar la noche con Alvarito..... Esto la aplacaría.

—Pues convidalos, y que vengan..... Con eso aprenderán los pobres chicos en casa ajena lo que no aprenden en la propia.

Alborozada la Marquesa, se dirigió á la puerta para mandar poner el coche: el Marqués la siguió con una mirada que rebotaba amor y dicha.

—¡Mira! le gritó al verla desaparecer. Dile también que envíe á la perra perdiguera con su sombrero de invierno..... Así la satisfacción será completa.

La Marquesa se echó á reír, y el Marqués se quedó diciendo:

—¡El diablo son las mujeres..... cuando no son ángeles como Elvira!

II

Púsose al fin el día y llegó la Noche Buena con ese perfume de romero y tomillo que no han logrado desvanecer diez y nueve siglos; con esa alegría que baja del cielo, que se respira en la atmósfera y hace latir el corazón con cierto latido propio..... ¡Noche Santa, Noche Buena, de pura alegría en el hogar, de sublime solemnidad en el templo: noche en que todo parece que vive y siente y goza al recuerdo de los primeros vagidos de un Niño; en que el alegre ruido de las panderetas y zambombas ahuyentan todas las penas y todos los cuidados, y despierta, hasta en el corazón más empedernido esos santos ecos de la infancia, que hacen levantar la vista al cielo, buscando allí la inocencia perdida y encontrando quizá el perdón y el arrepentimiento..... ¡Ah! grabad bien en la infancia al són de zambombas y panderetas el rostro de ese Dios-Niño que duerme entre pajas; porque de los niños salen los hombres, por más que el pensarlos contriste el alma; y esa impresión dulcísima les hará reconocer más tarde, cuando la inocencia huye y la malicia llega, al Dios-Niño que sonreía en Belén, en el Dios-Hombre que perdona en el Calvario. Cante el niño hoy ante el pesebre con alegres risas:

Ha nacido en un portal
Llenito de telarañas,
Entre la mula y el buey
El Redentor de las almas,

y este recuerdo hará mañana al hombre decir ante la Cruz, con lágrimas de arrepentimiento:

Cuando niño os contemplaba,
Niño en brazos de María,
Y en su divina alegría
Tiernamente me gozaba.
Mas hombre, y hombre tan malo
Que no hacen ley que no quiebre
Ya no os busco en el pesebre,
Sino clavado en un palo..... (1)

Esta era la gran obra que sin comprender toda su trascendencia, adivinaba con su instinto de madre aquella buena Marquesa Elvira, y procuraba practicar en su hijo único Alvarito. El niño se hallaba en su alcoba, y ayudábase á acostar su madre: sentado en las rodillas de ésta, con to el *Bendito* y la oración del *Santo Angel* y aquella otra oración *Bendita sea tu pureza*, fijando al mismo tiempo en aquel hermoso rostro que tan dulcemente le sonreía, esa mirada profunda, dilatada, propia del niño cuando reflexiona ó siente, que refleja su alma entera sin doblez ni culpa, con la misma pureza con que reflejan las tranquilas aguas de su lago el terso azul del firmamento.

Habíale reprendido su madre, porque cuando su aya Mis Folck le hablaba en alemán para acostumbrarle á este idioma, ó bien callaba como un muerto ó echaba á correr sacándole la lengua. El niño hizo dos ó tres pucheritos que enternecieron á la madre: entonces le dijo para consolarle que era ya la Noche-Buena y que á las doce vendría á despertar al Niño Jesús, que bajaba del cielo para salvar á los hombres y repartir á los niños más de mil cucuruchos de dulces y lo menos cuatro carros de aquellos juguetes que guardan los ángeles entre las nubes de oro de que está tapizada la Gloria. Y al oír esto el niño, una alegría inmensa nació suave en su corazón y brotaba ruidosa por sus labios, y dando gritos de júbilo saltaba en camisa sobre la alfombra, obligando á su aya la grave y tiesa Mis Folck, á correr en su persecución para traerle de nuevo á las rodillas de su madre.

Añadíale entonces ésta que, también á las doce, había de venir otro niño pobre, que era hermano del Niño del portal y hermano de todos los niños buenos y por eso era también hermano de Alvarito; pero aquel niño desdichado no tenía dulces, ni juguetes, ni ropa, ni abrigo, ni mamá que le quisiera, ni papá que le diese aguinaldos, ni Miss Folck que le llevara al Retiro!... Y por eso aquel pobre niño lloraba mucho, mucho: tanto, que no había cesado de llorar en tres meses que llevaba de nacido... Y la carita del niño retrataba entonces una expresión de inmenso asombro, y después otra de intensa pena, y dos anchos lagrimones acudían á sus ojos, mientras prometía regalar á aquel niño desgraciado tres tortas, y dos polvorones, y un caballo de cartón, y un sombrero con plumas, y un coche grande, tan grande como el que tenía su papá para ir á hacer al Rey las visitas...

(1) Lope de Vega. *Soliloquios*.

Poco á poco, fuese apagando la locuacidad del niño, y quedó al fin su alegría amortiguada, bajo el sueño, como quedan ocultas bajo suaves cenizas las brasas encendidas. Sus ojitos se cerraron, sus bracitos cayeron á lo largo del cuerpo, y su rubia cabeza fué á descansar en el seno de su madre. Entonces le colocó ésta en su camita, blanda cual un nido de pájaros, y haciendo sobre su frente la señal de la Cruz, le dejó soñar esos misteriosos sueños de la infancia, en que vienen los ángeles de la Guarda á contar al oído de los niños hermosos cuentos del cielo. Opinión propia nuestra, cuya candidez hará reír á más de un teólogo, que no sabrá, sin embargo, explicarnos el origen de esa celestial sonrisa, que aparece de cuándo en cuándo en los labios del niño que duerme tranquilo.

Mientras tanto, habían llegado los hijos de la Baronesa y algunas otras personas de la familia y reinaba en todo el palacio esa alegre animación, propia de esta santa noche que trasciende y se exparce por todas partes, desde el salón á la cocina. Faltaba, sin embargo, un personaje, que era siempre en aquella casa el principal, en la fiesta de Noche-buena. No se hizo esperar mucho: á las once y media se detuvo un coche á la puerta: bajó de él la buena Miss Folck, y ayudó luego á apearse á una anciana miserable, que ocultaba bajo el mantón andrajoso que la cubría, una especie de envoltorio. El Marqués y la Marquesa, y cuantos en la casa había, salieron á la escalera á recibir á aquella extraña visita: abrió entonces la anciana sus andrajos y puso en brazos de la Marquesa, en medio del mayor silencio, un niño recién nacido envuelto en viejos pañales de bayeta amarilla...

Aquel era el niño desdichado de que había hablado la Marquesa á su hijo; aquel era el niño pobre que entraba en aquella ilustre casa como hermano del Niño de Belén para conservar en ella la santa costumbre que de tres siglos antes atraía sobre sus moradores las bendiciones del cielo.

Una noble dama de aquella familia había introducido en ella desde fines del siglo XV, esta costumbre que sus descendientes conservaban intacta. Preparaban las señoras al acercarse el tiempo de Navidad, una canastilla completa para un recién nacido: buscábase luego entre los pobres de las cercanías un niño de padres honrados, y era conducido la Noche-buena en compañía de aquellos al palacio de los Marqueses. Colocábase en una camita ante el nacimiento, preparado al efecto, y allí la ilustre Marquesa rodeada de toda su familia, lavaba en memoria de aquel otro Niño Jesús, á aquel otro niño pobre como El y desvalido y le vestía ella misma las ropitas que sus propias hijas habían preparado y cosido. Ofrecíasele después al Niño-Jesús aquella imagen viviente suya y se entregaba á los padres del niño una limosna; esta limosna era en tiempos del Marqués á que aludimos una suma suficiente para que impuesta en la Caja de Ahorros hubiese podido producir á la mayor edad del niño la cantidad necesaria para redimirle de quintas. Habíale tocado aquel año á un pobre angel de tres meses, huérfano de padre y madre, y este era el que su decrepita abuela, único sostén con que contaba en la tierra, había puesto en brazos de la Marquesa.

Esta abrió las pobres mantillas del huérfano para besarle cariñosamente en la frente y fué luego seguida de todos á depositarle en la cunita preparada de antemano para el inocente huésped.

Pensóse entonces en dar principio á la fiesta, que debía tener lugar en la misma alcoba de Alvarito: comunicaba ésta por un lado con la de sus padres, y hallábase separada por el otro con un tabique corredizo del aposento de Miss Folck. Allí era donde sin que el niño sospechase su existencia se había levantado el maravilloso nacimiento, de tal modo que corriendo de repente el tabique divisorio, apareciese en todo su esplendor á la vista del niño. Encendiéronse los centenares de luces y parientes, niños y criados provisto cada cual de panderetas, zambombas, pitos y sonajas, fueron á colocarse detrás del Nacimiento.

La Marquesa cogió una pandereta, y atravesando de puntillas la alcoba de su hijo, fué á ocultarse en ella detrás de una cortina: el Marqués..... ¡ah! Marqueses y no Marqueses de retorcidos bigotes y peinadas perillas, que andáis por ahí buscando sin encontrarlos nuevos placeres; oídlo bien, y reid si os place de aquel compañero vuestro que tan á mano los hallaba!... El Marqués, aquel ilustre Marqués que el 22 de Junio se batió solo contra siete agarrado á una cureña, y el 18 de Setiembre tiró á la cara de un general traidor la escarapela revolucionaria que le ofrecía; aquel Marqués, decíamos, corría también de puntillas con una enorme zambomba cargada de cascabeles á

ocultarse junto á su esposa detrás de la cortina, para esperar impaciente la campanada de las doce y despertar á su hijo, cantando ébrio de dicha, humildes coplas de Noche-buena!.....

Sonó por fin aquella hora llena de alegrías y de misterios, y el tabique se descorrió de un golpe, dejando aparecer aquel foco de luz inmenso, al mismo tiempo que las panderetas y zambombas sonaron alegremente acompañando á las voces que cantaban unidas:

¡Alegría, alegría, alegría,
Que ha parido la Virgen María,
Sin dolor ni pena,
A las doce de la Noche-buena!...

Alvarito se incorporó de un salto, abriendo los ojos asombrado.

—¡Noche buena!... ¡Noche buena!... Exclamó fuera de sí cruzando las manecitas; y ligero como un pájaro, saltó de la cama, atravesó corriendo la alcoba y fué á caer de rodillas ante el Nacimiento con las manitas cruzadas sobre el pecho é inclinada la cabecita.....

¿Qué pasaría entonces por el alma de aquel niño afortunado? ¿Creería que se hallaba realmente en los cielos, oyendo cantar el *Gloria in excelsis*? ¿Vería quizás en efecto al Niño Jesús que sonriendo le tendía la mano?... Es lo cierto, que cuando su madre acudió á envolverle en una gran capa de pieles, el niño se resistía á abandonar su actitud estática; y cuando su padre le levantó en brazos besándole con delirio, gruesas lágrimas se desprendían de sus puros ojos azules, y llevándose una manita al corazón, que le latía apresurado, exclamaba fuera de sí:

—¡Ay! ¡ay!..... ¡déjame! ¡déjame!..... ¡que yo seré siempre bueno... y no le sacaré á Mis Folck la lengua!... Pasados aquellos primeros transportes de sorpresa y santo júbilo, la Marquesa se sentó al pié del Nacimiento, para vestir al huérfano en memoria del Niño Divino: uno le traía el agua tibia y perfumada; otro le presentaba los pañales zahumados con romero y alhucema; aquel quería colgarle él mismo en las fagitas el *brevetin* bordado de lentejuelas que concentraba los Evangelios, y cuando, ya vestido el pobre huérfano fué Miss Yolck á mullirle la almohadita de la cuna de caoba que también le regalaba la Marquesa, Alvarito se la arrancó violentamente de las manos griterando.

—¡Nó!... ¡esa no!... ¡La mía! ¡La mía!...

Y corriendo hacia su cama trajo su almohadita de tafetán rosa con funda de finísima holanda, y la colocó él mismo bajo la cabeza del huérfano.

A la mañana siguiente recogió la Marquesa aquella almohada como quien recoge una reliquia y adornándola con encajes de grandísimo valor fué á colocarla bajo la cabeza de un hermoso Niño Jesús, digno de Montañés, ó la Roldana, que acostado en un pesebre de plata ocupaba el centro del altar de su magnífico oratorio.

III

Había pasado un año y vuelto á llegar la Noche-buena, con esa inalterable regularidad del tiempo, cuyo impasible paso, deshoja hoy las alegrías de ayer y seca mañana las lágrimas de hoy. Muchas se derramaban aquella noche en el palacio de los Marqueses: los criados andaban de un lado á otro tristes é inquietos; numerosas visitas entraban y volvían á salir por no encontrar en aquellos salones desiertos quien las recibiera ni atreverse tampoco á penetrar en aquella risueña alcoba de Alvarito, en que se habían entronizado entonces el dolor y la muerte. El niño se hallaba agonizando: su padre, aquel hombre robusto y valiente, de corazón de acero y miembros de hierro, á quien jamás doblegó temor alguno, yacía anonadado, sin movimiento, tendido en un sofá, sin dar otra señal de vida que estremecimientos nerviosos y sollozos convulsivos. La Marquesa, por el contrario, parecía encontrar fuerzas en la misma intensidad de su dolor: serena al parecer, enérgica, sin haberse movido en tres días consecutivos del lado de su hijo ni aun para tomar alimento, le oprimía entonces entre sus brazos, envuelto en una manta de borras de seda, y espiaba sin cesar el rostro cadavérico del niño, que parecía sumido en un letargo precursor sin duda de la muerte. A su lado estaba la Baronesa Inés sentada junto á la camita vacía sobre la cual se hallaban exparcidos multitud de juguetes, con que en vano había intentado distraer al inocente enfermo. De cuarto en cuarto de hora, entraban dos médicos en la estancia y después de reconocer al niño se alejaban haciendo tristes augurios.

A las once y media tomó la Baronesa un vaso que contenía una medicina, y se puso de rodilla junto al niño, para hacerle tomar una cucharad.

que había recetado el médico. Su madre le movió dulcemente.

—¡Alvar!... ¡Alvarito!—le dijo con tan suave voz que parecía una caricia.

Mas el niño no contestaba ni se movía y su fatigosa respiración se asemejaba siempre á un quejido continuo.

Angustiada la Marquesa acercó sus labios al oído del niño y repitió en voz más alta y más temblorosa:

—¡Alvar!... ¡Hijo mío!... ¿No me oyes? ¿Quieres á tu madre?... ¿Me quieres?

El niño abrió los ojos y la miró fijamente sin contestar: alzó luego su manecita enflaquecida y acarició con ella aquellas mejillas pálidas por el insomnio que se inclinaban sobre su rostro: después la dejó caer estenuado y volvió á cerrar los ojos.

La Baronesa intentó entonces introducir en su boca la cuchara; mas de tal manera se habían encajado los dienteitos del niño, que fué imposible hacerle tragar aquella medicina, que era ya la última esperanza. La Baronesa se echó á llorar y llamó entonces á los médicos; el más anciano había salido, y el otro le dijo en voz baja:

—Es inútil: no tardará una hora en llegar la agonía. De allí á poco sonó una campanada, y luego otra, y después otra, hasta sonar doce, anunciando que el Niño-Dios bajaba del cielo, á traer paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Un extraño fenómeno se operó entonces en aquella estancia: el Marqués se incorporó pálido como la muerte; su mujer apartó del niño sus ojos extraviados, para tender en torno suyo una mirada medrosa: la Baronesa dió dos ó tres pasos sin dirección fija, mirando á todas partes aterrada.... Hubiérase dicho que ALGO que no era de este mundo, había cruzado en aquel instante por la alcoba infundiendo en los presentes ese misterioso terror que pega la lengua al paladar y eriza los cabellos; ese pavor divino que despierta siempre en el alma todo lo que es sobrenatural y milagroso. Una convulsión terrible agitó en el mismo tiempo el cuerpecito del niño y oyósele gritar distintamente:

—¡Me muero!... ¡Mamá, me muero!... ¡El Niño me trae la almohadita!...

La Marquesa se levantó como movida por un resorte, pálida, rígida como un muerto y exclamó tendiendo el niño á su prima.

—¡Tenlo!

—¿Pero qué haces?—exclamó aquella espantada.

—¡Tenlo te he dicho!—repitió la madre con un acento que no parecía humano y dejando al niño en brazos de la Baronesa, salió rápidamente del cuarto, entró en el oratorio, cogió aquella almohadita de Alvarito, que un año antes había colocado ella misma bajo la cabeza del Niño-Dios, y volviendo apresuradamente á la alcoba, reclinó en ella á su hijo moribundo.

—¡Alvar! ¡Alvar!—decía pasando un brazo por el cuello de su marido y arrodillándose abrazada á él junto á la camita del niño... ¡Si Jesús no lo salva, nos quedamos sin hijo!...

Reinó entonces un silencio que á veces interrumpía un sollozo y dejaba oír siempre la angustiosa respiración del niño; poco á poco aquel estertor fuese haciendo menos fatigoso: una hora después era sólo agitado; y al amanecer cuando los primeros reflejos del alba iluminaron el rostro del niño, blanco como un jazmin cortado á la mañana, era su respiración la de un sueño tranquilo.

Entonces entró el más anciano de los médicos y preguntó después de examinar al niño si había tomado la medicina. La Baronesa se la mostró con el dedo, intacta en el vaso.

—Pues entonces—dijo el anciano moviendo la cabeza—el Niño de Jesús es quien le devuelve á usted su hijo.

La Marquesa extendió los brazos, y lo que no había logrado el dolor, lo pudo la alegría: lanzó una especie de gemido, y cayó sin conocimiento al pié de la cama de su hijo.

IV

Aquella noche de Navidad impresionó tanto á la Baronesa, que jamás volvió á dar en su casa Misas del gallo. Entreteníase con su prima en preparar la canastilla para el Niño-Jesús, y acudía con todos sus hijos á presenciar y tomar parte en aquella santa costumbre tan antigua en su familia.

Las revistas de salones lamentaban el eclipse de aquella brillante estrella, y el hogar de sus hijos recobraba el santo calor de su corazón de madre. Mas no por ser madre excelente dejó de ser gran señora, ni necesitó tampoco, para convertirse en excelente cristiana, pasar todo el día rezando

en la Iglesia, envuelta como cierta ilustre dama tiene, en un manto largo, largo, largo....

P. LUIS COLOMA. S. J.

¡NOCHE-BUENA!



A fiesta del hogar cristiano; de la familia para quien parece constituida de exprofeso!

Lejos de ella, esta noche memorable, es, sí, la flor hermosa, pero sin color y sin perfume; el arroyuelo sin arrollos ni festoneadas y verdes orillas; el arbol frondoso en medio de la monótona llanura; el gorgojo de la misera y aprisionada avecilla; el crespón flotante en el azul del anchuroso espacio. ¡Es, en fin, la alegría en el rostro y la negra melancolía en el triste corazón!

Su proximidad se anuncia por todos los afanes que para ofrecer el aguinaldo muestra la reina del hogar que muy pronto ha de verse rodeada de los seres más queridos de su alma; por toda aquella algazara que produce en los chicos los Nacimientos que limpios del polvo de un año comienzan su desfile; por la alegre esperanza del número escogido en el *loto* extraordinario; y por la inmensa balumba de pediguéñas *felicitaciones*, suavizados con todas las formas de la *métrica*.

En las primeras horas de la *noche bendita* la familia se reúne; se abandonan las graves ocupaciones y los humildes oficios caseros. Los desaparecidos acordes de zambombas y panderas entonan el alegre *villancico*, mientras los *desengaños de la vida* y las *ilusiones infantiles*, en amoroso grupo, se extasian y arroban ante el *Nacimiento* que para solaz y recreo de unos, y dolores de cabezas de todos, se ha levantado en medio de la sala.

Allí el portal simétrico y perfectamente delineado de *cartón piedra*, bajo la rabuda estrella de hoja de *lata* colgada del garfio que momentos antes sostenía la alamburada cárcel del canario; allí la vaca y la mula de barro, y la madre purísima y el divino Niño y el Santo Patriarca de abigarrados colores; y los pastores molletudos, los corderos de *palo* y los reyes de Oriente con sus gibosos camellos; y los soldados herodianos, con su corneta de órdenes, su bandera de plomo, su capitán de airoas charreteras, luciendo todos la mochila, el fusil de aguda bayoneta, *el tiempo del imperio*; allí los alcázares de naipes y los molinos de corcho; las montañas de papel y los arroyos de vidrio se destacan entre una verdadera carga de musgos silvestres tomillos y romeros que sustentan toda una *canastilla* de diminuto envoltorio cosido con harta paciencia por la bendita mujer que nos llevó en sus entrañas!

La voz de ¡la mesa! dada por la antigua criada que arrolló á nuestros padres, es la señal de desbandada, y por unas horas se abandona el clásico monumento.

La *cena de navidad* es abundosa. En esta noche la ley del ayuno no se ha derogado; pero el procedimiento se ha cambiado por la costumbre. ¡La colación se hace al medio día! Estas flexibilidades se las *permiten* muchos buenos cristianos.

Durante ella se agota la lista de los *recuerdos*. Se nombra al ausente, se llora al difunto, se cuentan historias pasadas, mil veces contadas y olvidadas nunca: se enumeran planes de vida futura; todo se pone á contribución en el diálogo menos las liviandades y los rencores, ¡Es tan puro y ama tanto el NIÑO nacido en Belén!

Pero todo se agota en la vida y es preciso continuar y acabar por donde se había empezado. Se lavantan los manteles y los chicos vuelven al *Nacimiento* encendiendo unas candilejas, apagando otras, cambiando de sitio y postura á tal *zagal* ó tal *caravana*, mientras la gente salida de la infancia pasan el rato en inocentes juegos, hasta la hora señalada, las doce.

¡Las doce! ¡Las doce!

Las campanas de la Catedral hacen oír sus vibrantes ecos desde los filigranados ajimeces de la alta torre. Sus lenguas de metal llaman á los cristianos para que acudan á la Santa Casa y presten adoración al Altísimo.

La noche no puede ser más hermosa y apacible.

El cielo azul oscuro, medio velado por la húmeda neblina, parece un inmenso chal, bordado de brillantes lentejuelas y cubierto por trasparente gasa.

La solitaria viajera de la noche, la argentada luna envía pálidos rayos, cual blandos besos á su hermana la tierra y refleja su luz apacible sobre las tortuosas callejuelas de la vieja Salamanca, ora ocultándose tras irisada nubecilla, ora rompiendo el

húmedo crespón de vapores que levanta la escarcha en la fría estación con que termina el año.

Alegres comparsas de más *alegres* devotos, hacen sonar sus instrumentos y cánticos, no siempre por su inocencia pastoriles, turbando con sus gritos y carcajadas la paz sepulcral en que la nueva Atenas descansa de la febril agitación que la consumía en los días de su imperecedera gloria.

Las náyades del Tormes, medio ocultas en la popular sayaguesa ó entre los hechizadores pliegues de la amplia toquilla, hacen brillar sus negros ojos en la oscuridad del camino que con breve pié recorren en dirección á la monumental Basílica, donde las conduce su piedad y su ternura.

Este conjunto de sonatas y de voces; de hombres que disputan, de mujeres que ríen, de niños que con melodiosas vocecitas atestiguan su presencia; esta animación, este júbilo, esta vida, todo, en fin, revela la importancia que para corazones católicos tiene la noche del 24 de Diciembre.

La Catedral.

Para los ojos profanos no es más que uno de tantos edificios que forman la ciudad; para el inteligente una joya del arte; para el cristiano es la manifestación externa é indeleble de ese sentimiento inefable con que el espíritu se dirige á su Dios, fuente eterna donde apaga la sed del infinito que agujonea su alma.

La plateresca arquitectura del templo cristiano se abrillanta con la tenue luz que exparcan los cirios colocados en largos trechos.

Los trasgos, los grifos, los alados dragones parece se agigantan, que toman vida, entre las informes hojas, espadañas y rosetas de sus molduras y rebasando la línea de los capiteles pugnan por escaparse de la dura piedra donde los esculpió el cincel, cansados ya de una inamovilidad de siglos.

La pureza del contorno con que se dibujan sobre fondo oscuro las columnas reunidas en haces, se confunden en las altas bóvedas del templo semejando en las sombras que le visten enmarañadas espesuras de un bosque gigantesco despojado de sus hojas por las áuras otoñales.

El oscilar continuo de las luces, muda las sombras, y presta movimiento á las imágenes en sus hornacinas, cuyas pupilas parecen brillar con esa luz hermosa que resplandece en los héroes de la

virtud. Allí en el fondo, cual ascua de oro, contrastando con el resto de la Basílica, se encuentra preparada la santa mesa para el incruento sacrificio.

Los fieles llenan el templo.

Los capitulares siguen entonando sus cánticos de alabanza con voz reposada y grave y tono majestuoso.

De pronto, un torrente de armonías se escapa del órgano, cuyas vibrantes notas llenan las espaciosas naves. Es que empieza la Misa.

Es imposible describir lo que pasa el alma en tal instante.

La hora, el sitio, la augusta ceremonia que los ojos presencian, el alegre villancico que recrea y estremece de júbilo, las palabras del sacerdote, el humo del incienso, la luz, los fieles, todo, todo, produce en el espíritu tal tristeza á la par que tal contento, tal confusión, tan inexplicable estado que preciso es renunciar á darnos cuenta de las propias impresiones.

La grandeza del Cristianismo se hace tan patente, tan clara su virtud real, tan indudable su divino origen, que la oración se escapa del alma y los labios se mueven con febril impaciencia é inusitada rapidez.

VILLANCICO

No sé Niño hermoso
Qué he visto yo en tí,
Que no sé qué tengo
Desde que te ví.
Tus tiernas mejillas
De nieve y carmín,
Tus labios hermosos
Cual rosa de Abril,
Tu aspecto halagüeño
Y el dulce reír,
Tan profundamente
Se han grabado en mí
Que no sé qué tengo
Desde que te ví.
Si acaso algún día
Me atrevo á salir
Al ameno prado
Por me divertir,
Doquiera que mire
Te miro yo allí,
Y entonces de nuevo
Comienzo á advertir,

Que no sé qué tengo
Desde que te ví.
Cuando por la noche
Me llevo á dormir
Al punto en mis sueños
Te veo venir;
Los brazos extendiendo
Por asirme á tí,
Mas quedo burlado
Y digo entre mí
Que no sé qué tengo
Desde que te ví.
Mi pecho que ha sido
Cual bronce hasta aquí,
Tu luz ardorosa
No puede sufrir:
El alma se exhala
Cual aura sutil,
Y yo de tal suerte
Me siento morir,
Que no sé qué tengo
Desde que te ví.

FR. VICENTE MARTÍNEZ COLOMER.

IMP. Y LIB. DE JACINTO HIDALGO, ANTES DE CEREZO.